

EL DR. DON FERMIN PALMA GARCIA Y EL HOSPITAL PROVINCIAL DE SAN JUAN DE DIOS DE JAEN

Por Manuel Larrotcha Torres

Es difícil escribir unas cuartillas de emocionado recuerdo y homenaje a la memoria de una personalidad como don FERMIN PALMA GARCIA, que durante muchos años fue médico de la Beneficencia Provincial, decano de la misma y director de su Hospital.

Desearía quedase bien patente que estas líneas están totalmente desligadas del afecto y admiración que le profesé, más por sus virtudes que por los lazos que a él me unían, y sólo pretenden ser un juicio sereno sobre su personalidad y el Hospital.

Por tanto, únicamente analizaremos con brevedad la faceta de don FERMIN y el Hospital Provincial de San Juan de Dios de Jaén, al que él tanto amó. Indiscutiblemente, es el mejor marco y ambiente de su gran figura profesional; pero el más difícil de estudiar por lo dilatado de sus actividades en el mismo y por ser su labor de médico sólo conocida de sus más directos colaboradores y de sus propios enfermos.

CRONOLOGIA. — El 25 de octubre de 1919, tras brillantísimos ejercicios don FERMIN ingresa en el Hospital Provincial de Jaén como médico de entrada y cirujano de guardia.

El 31 de octubre de 1921, ante la gravísima situación española en Marruecos, don FERMIN, que siempre fue un gran patriota de valor sereno y sencillo, se incorporó al Ejército como capitán médico y abandona el Hospital y una numerosísima clientela privada.

Un año después, 18 de octubre de 1922, mejorada nuestra situación en Marruecos, vuelve a Jaén y se reintegra al Hospital. El 22 de noviembre de este mismo año pasa a ser médico de sala de la sección de cirugía por fallecimiento de don Francisco Ruiz de Alcázar, decano de la Beneficencia Provincial y director de su Hospital. Don Francisco Ruiz de Alcázar intuyó certeramente y desde el primer momento de conocerle toda la clase y valía de don FERMIN, distinguiéndole con

una amistad y afecto a la que este correspondió siempre. En su despacho, en lugar preferente, conservaba una fotografía del Dr. Ruiz de Alcázar y frecuentemente hablaba de él y de sus recuerdos.

Desde 1923 hasta el 14 de abril de 1931, al ocupar importantes cargos políticos, alcalde del Excelentísimo Ayuntamiento de Jaén y presidente de la Excma. Diputación Provincial, en los que realizó una magnífica gestión que habría que estudiar por separado, renuncia a su nómina del Hospital, pero no a su puesto de trabajo en el mismo. En un alarde de capacidad de trabajo, organización y disciplina, que fueron la constante de su vida, presta sus servicios médico-quirúrgicos sin cobrar nada y al mismo tiempo atiende ejemplarmente a sus cargos políticos. Recién instaurada la república, el sectarismo hace que se le instruya expediente basado en su renuncia al Hospital cuando ejerció aquellos cargos; pero quedó probado que aquella renuncia sólo entrañaba la dignidad, hoy sería caso insólito, de no querer percibir dos sueltos oficiales, lo que, unido a la petición masiva de sus enfermos, hizo que sus propios antagonistas políticos tuviesen que cerrar el expediente y reponerle.

El 10 de junio de 1936 solicita permiso para uno de sus viajes de estudio al extranjero. La Guerra Civil Española le sorprende en Alemania, gracias a lo que salvó la

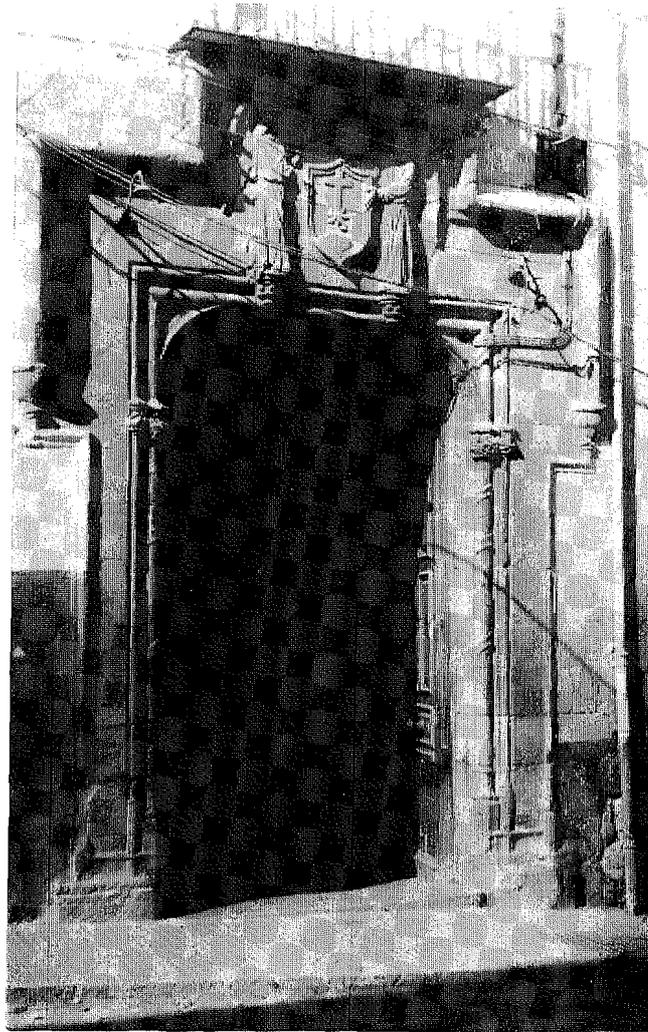
vida ya que Jaén quedó bajo dominio rojo. Incorporado a Zona Nacional, actúa como jefe de Equipos Quirúrgicos de Sanidad Militar, en los que tiene destacadísima actuación en diferentes frentes de combate y hospitales.

El 1 de abril de 1939, finalizada la contienda, es repuesto en el Hospital de Jaén por el entonces presidente de la Excma. Diputación Provincial, Ilmo. Sr. D. Luiz Sagaz Zubelzu, ilustre médico al que don FERMIN valoró y estimó siempre por sus cualidades humanas y profesionales. Esta reposición se debía a que, durante la dominación roja, la Diputación había desposeído a don FERMIN del Hospital por considerarlo enemigo del régimen marxista.

En 1944 pide permiso por enfermedad y para someterse a una intervención quirúrgica. Rápidamente recuperado, la ausencia sólo duró unos meses.

En 1945 es nombrado director del Hospital y en 1946 decano de la Beneficencia Provincial, cargos en los que sucedió al Dr. don Lorenzo Bago y que conservaría hasta su jubilación el 29 de junio, día de San Pedro, de 1956.

LABOR Y TRABAJOS COMO MEDICO.—Analizadas las fechas desde su entrada en el Hospital, 25-10-19, hasta su jubilación, 29-6-56, vemos que, en ese largo período de



Portada del antiguo Hospital Provincial de Jaén.

37 años, sólo hubo cuatro paréntesis en su actividad profesional dentro del Hospital: El primero, 31-10-21 al 18-10-22, de un año de duración, por su marcha a la Guerra de Africa al pedir su incorporación como médico militar; el segundo, brevísimo, a la instauración de la república y abrirle sus antagonistas políticos expediente que ellos mismos tuvieron que cerrar y reponerle. El tercero, el más largo, 10-6-36 al 1-4-39, de casi tres años de duración, durante la Guerra Civil Española. El cuarto, en 1944, muy corto, de sólo unos meses, al tener que someterse a una delicada operación quirúrgica, que su fuerte y sana naturaleza superó rápidamente.

Todo el resto del tiempo, o sea unos 33 años, los dedicó intensa y constantemente al Hospital en una jornada diaria que, por término medio, abarcaba de 9 a 13 de la mañana, o más, si las operaciones en trámite no habían concluido, aparte de las numerosísimas urgencias. ¡Más del famoso "Full-time" de nuestros tiempos! Los permisos o vacaciones oficiales prácticamente nunca las tomó, pues los invertía en sus viajes de estudio o asistencia a congresos nacionales o extranjeros que procuraba fuesen lo más breves posibles para dar a sus enfermos esa continuidad de asistencia personal que tanto cuidaba.

Y ¿cuál fue la labor y el trabajo de don FERMIN en el Hospital du-

rante ese dilatado período de 33 años? Hay muchas formas de ocupar y pasar por los cargos y puestos profesionales: No haciendo nada; haciendo lo mínimo y presumiendo de hacer lo máximo; y haciéndolo todo en una labor callada, continua, de entrega diaria, ignorada por la mayoría, y que tanto enriquece espiritual y moralmente al que así lo practica. Evidentemente, don FERMIN para el Hospital, como para todas sus actuaciones públicas o privadas, eligió este último camino. Ese camino no es nunca fácil ni cómodo, pues siempre está lleno de renunciaciones, de dificultades, de luchas y sinsabores; pero, ciertamente, es el único que puede satisfacer a la mente y al corazón del hombre.

Pertenecía don FERMIN a esa generación médica del 98, a la que tanto debe la medicina actual, y de la que se ha hablado poco y escrito menos. Basándose en los grandes hallazgos de la segunda mitad del siglo XIX, antisépticos, asépticos, anatomopatológicos y bacteriológicos, los médicos de esa generación realizaron una arriesgada medicina sin apenas medios materiales. Llevaron la exploración clínica, su interpretación y las técnicas quirúrgicas hasta el límite de sus posibilidades. De tal forma habían preparado el terreno que, cuando llegó la era antibiótica, anestésica y del tecnicismo, no se hizo esperar, ni un momento, el avance vertiginoso y estelar de las tres últimas déca-

das. Tuvo don FERMIN un magnífico maestro, don Victor Escribano, del que siempre hablaba con admiración, respeto y cariño, y del que supo asimilar y desarrollar una sólida y profunda formación médica y quirúrgica.

Desde el primer momento, don FERMIN volcó en el Hospital toda su vocación y formación de gran médico integral, entregándole muchas horas de trabajos y preocupaciones. Su claro intelecto, su gran preparación teórica y práctica, sus cualidades de observador clínico y su depurada técnica, le permitieron abordar con singular fortuna y éxito todo el extenso campo de la Medicina y de la Cirugía, de una forma total e intensa, que hoy nos admira, asombra y envidiamos los que cultivamos una especialidad y sólo sabemos contemplar un panorama parcial del hombre enfermo. No se contentó con los conocimientos bien adquiridos y reglados, sino que desarrolló y puso en práctica todos los nuevos hallazgos y técnicas que iban apareciendo. Vivió una auténtica Medicina y Cirugía de vanguardia, aceptando la responsabilidad y el riesgo que ello entrañaba, y más en una ciudad pequeña y provincia en donde todo trascendía.

Don Fermín hizo en el Hospital la primera cura radical de la hernia, la primera histerectomía, la primera nefrectomía, la primera resección de maxilar superior y tantas otras cosas que, como exponente

máximo de esa generación médica del 98, realizó con inteligencia, profundos conocimientos científicos, exquisita técnica, arrojo y valor. Jaén era todavía una ciudad pequeña y entrañable, sin ese deshumanización que hoy la amenaza y sin esos falsos ídolos que nos invaden, y captó y reconoció enseguida la talla y categoría de don Fermín. El día que operó el primer estómago, la noticia se propagó, y, cuando bajaba pausadamente del Hospital, mucha gente se levantó de aquellos viejos cafés que orillaban la calle Maestra para felicitarle calurosamente.

Se necesitaba ser, citamos textualmente palabras del Ilmo. señor don Antonio Vázquez de la Torre, que fue presidente de la Excelentísima Diputación Provincial, en el acto en el que se le impuso a don Fermín la Medalla de Oro de la Provincia, "hombre con excepcionales dotes de mando, trabajador incansable, tenaz, puede decirse es el iniciador en Jaén de la especialidad de cirugía con los elementos y medios —escasos— que la técnica y la Diputación pueden poner en sus manos. Tiempos heroicos de la cirugía provincial, en la que la actuación de Palma marca un punto de arranque y luego de auge que prestigia a nuestro Hospital Provincial y al cuerpo médico de la Beneficencia". No sólo nos añadiríamos que, además de sin los medios materiales escasos de aquella época,



Fermín Palma García y la 1.^a promoción de la escuela de enfermeras. Marzo 1954.

sin los quimioterápicos, antibióticos, anestésicos, transfusionales y de reanimación de nuestros días y sin el personal auxiliar mínimo necesario. ¡Maravilla pensar que todo aquello pudiese hacerse sólo con don José Esteban, su practicante, afortunadamente aún entre nosotros, y con un viejo Ombredanne de anestesia por todo equipo!

El fue, antes de existir especialidades en la provincia, médico y cirujano generales, traumatólogo, otorrinolaringólogo, urólogo, tocoginecólogo y hasta dermatólogo, pues desde su estancia en Canarias había sido uno de los primeros en familiarizarse y aplicar el por entonces muy reciente y portentoso descubrimiento terapéutico del 606. Pero don Fermín, muy al corriente de la evolución de la Medicina europea, que conocía muy bien por sus estancias en los centros más importantes de París, Berlín y Roma, comprendió y se adelantó en nuestra patria al proceso de especialización. Al mismo tiempo que fundaba la primera policlínica privada en Jaén en 1919, en unión de los doctores Eduardo y Gabriel Arroyo, Luzón, Cibanto, Villar y Gómez Soriano, este último felizmente entre nosotros y lleno de vitalidad, verdadero centro de especialidades, propugnaba inteligente y desinteresadamente, él que venía ejerciendo muchas de ellas con pleno éxito, la creación de las mismas en el Hospital.

Nada resume mejor su labor en el Hospital que esas TREINTA Y DOS MIL operaciones realizadas por él en dicho Centro, que comprenden y resumen toda la cirugía de su tiempo. Fue don Fermín un gran anatómico, un magnífico clínico y un extraordinario cirujano, lo que le permitió realizar toda la cirugía general y de la mayoría de las especialidades e n t o n c e s existentes con singular pericia y elevadísimo tanto por ciento de buenos resultados. Pero, como todo profesional, sentía preferencia por determinados capítulos o parcelas que mimaba con especial amor y cariño, como eran toda la patología abdominal y el cuello, resaltando en este último sus profundos conocimientos anatómicos y de disección y su depurado arte y delicada técnica. Probablemente, don Fermín ha sido en Andalucía, excluida Sevilla, donde aún vive lozanamente don Antonio Cortés Lladó, el último gran médico y cirujano general de aquella fabulosa generación médica del 98.

No podríamos terminar este capítulo de su labor y trabajos en el Hospital sin decir algo de su carácter. Hombre enérgico, de enorme voluntad, gran organizador, trabajador incansable, tenaz, digno, serio y justo, se imponía a sí mismo y a sus subordinados una severa disciplina, que hoy sigue siendo tanto o más necesaria que ayer para realizar una labor eficaz, honesta

y honrada y que, aunque a veces nos moleste, todos necesitamos y echamos de menos. Con sus enfermos, afectuoso, serio, sin ese empalago ridículo de muchos profesionales de hoy, les daba esa seguridad y confianza de saberse atendidos por un gran médico y por unas manos muy expertas. A veces, una sonrisa esbozada contestaba lo que no podía decirse o infundía ese aliento, esa ayuda que tanto necesita el enfermo, o servía para ocultar la profunda preocupación del cirujano.

Y, ¿cómo era él mismo, cómo vivía la problemática a veces vital y suprema de sus enfermos graves? Cuando yo le traté con más intimidad, al final de su vida profesional, se podría pensar que la sensibilidad de un gran cirujano que había actuado intensamente en dos sangrientas campañas militares de África, la Guerra Civil española y 60 años de ejercicio, estaba algo endurecida o embotada por todo lo que había visto y vivido. Pero no era así, su sensibilidad se conservaba exquisitamente intacta y la contrastaba continuamente con esa sabiduría que sólo da la propia experiencia y los años. Recuerdo que en uno de sus últimos enfermos hubo complicaciones graves y las cosas marchaban mal. Don Fermín, sin decir nada y aparentando tranquilidad, estaba seriamente preocupado y sufriendo. Tratando de ayudarlo, dije que humanamente era

imposible hacer más y que, por su propia preparación y experiencia, así debía comprenderlo. Mirándome fijamente me contestó estas palabras, que no he podido olvidar: "A esto nunca se acostumbra uno, y el último enfermo grave pesa tanto como el primero".

LABOR COMO DIRECTOR Y DECANO.

A don Fermín, como director del Hospital y decano de la Beneficencia, y al Ilmo. señor don Juan Pedro Gutiérrez Higuera, otro insigne médico para el que, aparte de su brillantísima gestión en cargos políticos, la Medicina provincial siempre tendrá gratitud, como presidente de la Excma. Diputación Provincial, se debe el completar el cuadro de especialidades básicas, la reestructuración de los servicios y clínicas, la modernización y parte nueva del Hospital y la creación de la Escuela de Enfermeras.

Don Fermín se documentó muy bien, como siempre hacía en todos sus asuntos, para hacer un estudio de lo que debía ser la Escuela de Enfermeras y recorrió los principales centros de España. En aquel tiempo, la Escuela de Enfermeras de la Casa de Salud de Valdecilla era una de las más importantes, modelo en su género, y él la visitó detenidamente. Por entonces, yo era médico interno de dicho Instituto Médico de Postgraduados y



Puerta del decanato del viejo Hospital Provincial de San Juan de Dios,
testigo de una sólida, silenciosa y eficaz dirección.

don Fermín no se contentó sólo con los datos e informes que oficialmente le dieron el director y secretario de la Escuela, sino que, deseando conocerla en todos sus detalles y funcionamiento, le acompañé en una verdadera y minuciosa inspección, muy diferente de las usuales visitas de trámite que se hacen en estos casos. Yo conocía la Escuela muy bien, pues durante varias ausencias de mi inolvidable maestro, doctor Navarro Martín, le había sustituido como profesor de la misma, y mi sorpresa fue enorme al comprobar que don Fermín iba por delante de mis torpes explicaciones y que tenía ya un estudio completo y perfecto de su reglamento, programa, instalaciones y funcionamiento.

De las realizaciones como director del Hospital y decano de la Beneficencia, la más importante y de mayor trascendencia ha sido, a nuestro juicio, su participación en la Escuela de Enfermeras. Supuso, con visión y proyección del futuro, elevar la asistencia a nivel científico moderno, preparando un personal auxiliar competente y eficaz, que hoy permite continuar el cuidado y atención de los enfermos. Por otra parte, significó dotar a la ciudad de un centro de enseñanza, de los que tan necesitados se encuentran las pequeñas capitales de provincia para elevar su nivel medio cultural y ofrecer una oportunidad profesional a sus habitan-

tes, tan distinta en sus posibilidades a las de las grandes ciudades, que, equivocadamente, siguen acumulándolas.

JUBILACION.

La jubilación o muerte profesional oficial es un momento delicado con profunda repercusión psicósomática, que ha dado lugar a la descripción de la entidad patológica del mismo nombre. Evidentemente, cuanto más intensa fue la actividad y entrega profesional, mayor será el impacto que produzca la jubilación.

Conociendo la labor y trabajos de don Fermín en el Hospital durante 37 años, era presumible la crisis que su jubilación le iba a producir, y más cuando le llegaba en plenas facultades profesionales, que le permitirían desarrollar aún el ejercicio privado en su clínica durante más de diez años. Fue un golpe durísimo, probablemente el que mayor repercusión tuvo en su fuerte carácter y personalidad, afectándole durante muchos meses de una forma visible y que no podía disimular. Después, siguió siempre con vivísimo interés todas las noticias que concernían al Hospital, pero, desde su despedida, no volvió a pisar su suelo, para evitar, posiblemente, el reavivar todos los recuerdos personales de algo que le era tan querido y que fue fundamental en su vida.

FINAL Y EVOCACION.

El Hospital Provincial de San Juan de Dios de Jaén debe mucho a don Fermín Palma. De sus dos grandes pasiones profesionales, milicia y Hospital, pudo más éste, y a él y a sus enfermos le entregó lo mejor de su tiempo y de sus conocimientos. Nadie mejor para probarlo que aquella emocionada multitud, en la que predominaban los humildes, muchos de ellos antiguos enfermos o parientes agradecidos, que espontáneamente, cuando ya nada podían esperar o recibir de él, se reunieron en la puerta de su clínica para decirle el último adiós.

Permitidme, finalmente, evocarlo en su quirófano del Hospital, que,

testigo mudo, tanto sabe y podría contarnos del gran cirujano; caminando en aquellos hermosos y bellos claustros o por los amplios pasillos, con aquel andar aparentemente pausado, pero de llegada puntual y cierta a todos sus deberes; o como director y decano sentado en su despacho, donde su sola presencia irradiaba disciplina y autoridad, que resolvía asuntos y allanaba dificultades.

Dios se ha llevado a don Fermín poco antes de que desaparezca el que ya empezamos a llamar viejo Hospital, como si deseara que aquel diálogo que ambos iniciaron hace más de medio siglo sólo pudiera interrumpirse con su desaparición casi simultánea.